

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

AÑO III.

MADRID.—Sábado 12 de Octubre de 1872.

NUM. 815.

CRONICA PARLAMENTARIA.

Antes de abrirse la sesión se susurraba por los pasillos del Congreso que había estallado un movimiento insurreccional en el Ferrol. Cada uno aplicaba el hecho a distinto partido. Bien pronto salimos de dudas. Apenas había ocupado el sillón de la presidencia el Sr. Rivero, dirigió el Sr. Tutan una pregunta al gobierno sobre tan alarmantes rumores. El señor ministro de Marina leyó un extenso parte telegráfico en que se daba cuenta de que unos 1.500 hombres, operarios del arsenal, se habían sublevado al mando de un coronel o brigadier, que unos creían que se llamaba Pazos y otros Pozas.

El Sr. Tutan dijo haber oído que el movimiento era alfonsista: el parte recibido por el gobierno decía que el movimiento era republicano federal.

Nuestro amigo el señor conde de Toreno protestó inmediatamente contra toda intervención de los alfonsinos en estos alborotos.

El ministro de la Guerra hizo una bella historia de ese coronel Pazos o Pozas, diciendo que era un perdido de primera categoría; pero el hecho es que pertenece a las filas de los revolucionarios de Septiembre.

Nuestro amigo el señor conde de Pallares insistió en sus preguntas de los días anteriores al ministro de la Guerra sobre el estado de las facciones en la provincia de Lugo, dando una muestra de constante interés por la tranquilidad de aquella comarca. El señor ministro no contestó muy satisfactoriamente; pero después hemos sabido que se ha recibido un despacho telegráfico anunciando que las facciones de la provincia de Lugo habían sido batidas, quedando en poder de las tropas del gobierno 19 prisioneros, noticia que el ministro se apresuró a poner en conocimiento del señor conde de Pallares.

Entrando en la orden del día y en la discusión del mensaje, los debates han tenido gran importancia, ya por los oradores que han tomado parte, ya por la situación respectiva en que se hallan colocados los dos adversarios que principalmente llamaron la atención de la Cámara.

Impugnó el dictamen de la comisión, conculcándolo el segundo turno, el Sr. Romero Ortiz, miembro del gobierno provisional con el Sr. Ruiz Zorrilla, con Topete, Serrano, Ayala y Sagasta. El Sr. Romero Ortiz es un hombre de gran inteligencia, de mucha instrucción, de palabra fácil y elocuente. Es nuestro adversario. Nosotros combatiremos todas sus doctrinas, pero no hemos de perder el juicio hasta el punto de decir que lo blanco es negro y lo negro es blanco, por tal de tratar con dureza a nuestros adversarios. Nosotros no hemos hecho eso nunca ni lo haremos. Al rescribir la fisonomía de las Cortes en una discusión grave y solemne, y donde están tomando parte los primeros oradores de la Cámara, y donde se están emitiendo todas las ideas con libertad, con templanza y con prudencia, nosotros diremos francamente nuestra impresión a nuestros amigos y a nuestros adversarios.

La sesión de ayer ha sido una de las más interesantes de la actual legislatura.

El Sr. Romero Ortiz ha descargado golpes tremendos contra el ministerio, y la misma violencia del ataque le ha hecho quedar al descubierto en dos puntos principales, habiendo acudido presuroso el Sr. Martos a clarificar la espada hasta la empuñadura con éxito y con fortuna.

Aunque parece reposado y frío el Sr. Romero Ortiz es vehemente y apasionado, y en algunos momentos su discurso era una arenga tribunicia. ¿Qué ha pasado aquí, decía el Sr. Romero Ortiz, para que la dinastía aparezca aislada, y personas que se iban aproximando a D. Amadeo, se retiren de pronto y se inclinan hacia los alfonsinos? La alusión hacia el Sr. Cánovas no podía ser más directa.

El Sr. Romero Ortiz confesaba que en estos cuatro últimos años el país camina de decepción en decepción.

Esto mismo decimos nosotros. «Quien abandonó a Santo Domingo puede abandonar otra parte del territorio», decía el orador. El error no está en haber abandonado a Santo Domingo: en nuestro juicio, el error estuvo en haberlo tomado.

¿Quién tiene la culpa de esta situación? preguntaba el Sr. Romero Ortiz. La culpa la tienen los que se coaligaron con los enemigos de la dinastía.

El ministerio del general Serrano y de Sagasta se proponía afianzar la dinastía de Saboya, según oímos al antiguo individuo del gobierno provisional; y el ministerio actual, que no ha cumplido ninguna de sus promesas, que ha engañado al país, que ha insultado a la dinastía, que se declaró anti-dinástico en las reuniones del Circo de Price y en artículos como *La Loca del Vaticano*, ese ministerio ha disuelto las Cortes anteriores por medio de un 18 Brumario, ilegal e inconstitucionalmente. Habrá quintas; no habrá economías, y el orden público estará siempre perturbado.

Según el Sr. Romero Ortiz, el sufragio universal es una cosa de poco valor por los resultados, aunque S. S. se manifestó partidario de esta y otras conquistas.

En una palabra: el discurso del Sr. Romero Ortiz ha venido a demostrar una vez más todos nuestros pronósticos, dando fuerza a nuestros diarios argumentos. La revolución de Septiembre está cada día más desahogada, más debilitada y más impotente.

Contestó al Sr. Romero Ortiz en nombre de la comisión el Sr. Canalejas. Este señor diputado es más teórico que práctico; y así es que se coneció a

la exposición general de teorías y doctrinas sobre la democracia, sobre el fundamento de los partidos y sobre todo de los partidos conservadores, diciendo, con estraneza de los radicales, que los partidos conservadores deben tener su asiento en la Iglesia.

El discurso del Sr. Canalejas fué metódico, claro y concreto a la contestación del mensaje, objeto de los debates, pero ni tuvo la intención ni el alcance que todos habían reconocido en el del Sr. Romero Ortiz, y era preciso una réplica más contundente.

Levantóse ya al fin de la sesión el Sr. Martos, y con habilidad suma, con elegancia, y en uno de los mejores discursos que le hemos oído, recogió las dos ó tres faltas en que había incurrido el Sr. Romero Ortiz, defendió la integridad de la doctrina democrática en toda su latitud; espolió los tropezos y embrazos y las complicaciones que había habido para redactar la Constitución, y se mantuvo en toda la peroración a la altura de su reputación.

El 18 Brumario llamais al acto de disolver unas Cortes por medio de un decreto, vosotros que disolvisteis a balazos las Constituyentes en 1869!

Este fué el apóstrofe que valió los mayores aplausos al señor ministro de Estado.

En resumen, la sesión de ayer ha sido una gran sesión para todos. El Sr. Romero Ortiz tiene razón cuando dice que de cuatro años a esta parte no hay más que decepción y miseria y desgracias y desastres para esta nación desventurada.

El Sr. Martos tiene razón cuando dice que es necesario gobernar con la Constitución que se ha hecho, y que los titulados conservadores no pueden vivir dentro de las doctrinas democráticas.

Los dos oradores nos han dado a nosotros la razón y trabajan por nuestra causa más que nosotros mismos.

¿Quién tiene la culpa de todo lo que pasa? ¿Quién la ha de tener? Todos vosotros; ahora más que antes, porque al fin antes de la revolución podíais haber estado más o menos resentidos; pero después de cuatro años que llevamos de anarquía, suarqué que vosotros reconocéis y confesáis, no hay consuelo ni disculpa para que continuéis defendiendo eso que llamais falsamente las conquistas de la revolución y que son la causa de todas nuestras desventuras.

Se nos olvidaba un incidente. El Sr. Orense, el verdadero jefe de la democracia española, el que más sacrificios verdaderos ha hecho por la libertad de su país, el que mas ha perdido y no ha ganado jamás en nuestras revueltas, sostuvo un proyecto de ley contra la policía. El discurso del señor marqués de Albaladejo fué una serie no interrumpida de chistes, que entretuvieron agradablemente al Congreso.

Se nos figura que el Sr. Ruiz Zorrilla tomó la cosa con demasiado calor, pues algo se ha de permitir a quien tanto agradaba en otros tiempos a los progresistas, y a quien les defendió tan heroicamente cuando no tenían el gobierno ni eran afortunados.

Tales fueron los debates de la sesión de ayer, que no podemos publicar hoy con extensión, por impedirnoslo la publicación del texto íntegro del discurso de nuestro amigo el Sr. D. Agustín Esteban Collantes, que nuestros suscritores verán en otro lugar.

Habiendo felicitado la redacción de EL ECO DE ESPAÑA a S. M. la Reina Isabel con motivo de su cumpleaños, hemos tenido la honra y la satisfacción de que S. M. nos haya remitido hoy mismo el siguiente telegrama:

«A la redacción de EL ECO DE ESPAÑA, calle de la Visitación, 8, Madrid.

«Os doy muchas gracias por vuestra cariñosa y leal felicitación, y recibid la expresión de mi afectuoso recuerdo.

ISABEL.»

PRONUNCIAMIENTO.

A los que se lamentan de que se haya roto con toda tradición, podemos ofrecerles el consuelo de un nuevo pronunciamiento, el del Ferrol, que viene a interrumpir la prescripción de tan característica costumbre nacional. Hacía cuatro años, ó poco menos, que nadie se pronunciaba y era un dolor contemplar ese lastimoso abandono de las buenas prácticas iniciadas en las Cabezas de San Juan. ¿Cómo podría vivir cuatro años sin corridas de toros? ¿Cómo se ha podido vivir cuatro años ó poco menos sin pronunciamientos?

Se ha alegado como razón para esa falta de pronunciamientos la circunstancia de hallarse en el poder los que acostumbraban hacerlos; pero esto no justificaba a los ojos de propios y extraños el marasmo que revelaba en la nación la circunstancia de no poder anunciar a las naciones extranjeras que contábamos con un pronunciamiento mas para aumentar el índice de los realizados desde hace cincuenta y dos años.

Por fortuna, ya tenemos un pronunciamiento en toda regla, que es posible que muera en flor ó que tome proporciones tales, que dé en qué pensar al gobierno y ganancia a algunos bolsistas. Y tenemos esa fortuna de la manera mas natural del mundo. Siempre se han hecho los pronunciamientos para conquistar el poder: los del pronunciamiento magno de 1868 habían ido turnando de la mejor manera posible, hasta que llegó el día en que los radicales se lo apropiaron todo y demostraron hallarse resueltos a no abandonarlo por ningún motivo ni concepto.

Habían los republicanos confiado en que entrarían a la parte en el reparto del botín; pero se lo

impedia la presencia de D. Amadeo, incompatible con la práctica de los principios republicanos, ó mejor dicho, con el establecimiento de la república. Parece que antes de la subida de los radicales se había convenido ó poco menos en que se arreglarían las cosas de modo que pudiese reformarse el art. 33 de la Constitución, haciéndose el cambio sin violencia y permitiendo la entrada a los republicanos, con los cuales serían compatibles los radicales, hasta el punto de ser todos unos en la participación de la cosa pública. Todo se reducía a una segunda variación de nombre en los antiguos progresistas.

Comenzó a torcerse el asunto con las elecciones, pues se vió que no resultaban elegidos republicanos en número suficiente para que saliese perfectamente la operación. Desde aquel momento se comenzó a murmurar, diciendo que se había faltado a los compromisos contrados, y que era preciso cumplirlos a todo trance: que si el gobierno no correspondía a lo que de él se esperaba, no había otro recurso que acudir a las armas, acabando con todo género de contemplaciones. En vano los republicanos de levita predicaban la templanza y decían que no se debían precipitar los acontecimientos; pues los republicanos crudos sostenían que era indispensable andar a tiros, desoyendo las insinuaciones de los pasteleros.

Entretanto, comenzaban a mostrarse cada vez menos complacientes los radicales y menos dispuestos a favorecer los proyectos de los republicanos; y éstos, perdida ya la esperanza, acuden a las armas y dan el grito dentro de una fortaleza del Estado. ¡Singular casualidad! Al día siguiente de hacer el Sr. Ruiz Zorrilla público y solemne alarde de dinamismo, se le contesta desde el Ferrol con una sublevación republicana. Ciertamente también que al día siguiente del que apareció en la Gaceta la circular del Sr. Ruiz Zorrilla, diciendo entre otras cosas que el sistema que había inaugurado era el que daba mas seguridad a las personas, dispararon los trabucos contra D. Amadeo en la calle del Arenal.

Los republicanos del Ferrol, que han restablecido las buenas prácticas de pronunciamientos, interrumpidas desde que los radicales subieron al poder, han resuelto de plano otra cuestión muy debatida en la prensa y en los clubs y muy recientemente en el Congreso por los Sres. Garrido y Echeagaray. A las dudas acerca de si ha de ser la república federal ó la unitaria la que se haya de proclamar, han respondido con un hecho; han proclamado la república federal, cortando por lo sano en la polémica. Por supuesto, que si la república ha de ser federal, los sublevados del Ferrol nada más tienen que hacer: hecho republicano su canto, los demás que hagan lo que tengan por conveniente.

Por lo demás, contra aquellos republicanos se podrá emplear la fuerza, mas no la razón. Aquel arsenal, ese mismo Ferrol hoy sublevado, fué el teatro de la sublevación del actual ministro de Marina, Sr. Beranger, contra su legítima soberanía y en la misma fragata que la reina había confiado a su lealtad. ¿Es mas legítimo D. Amadeo que Isabel II? ¿Es mas legítimo el actual gobierno que el de la reina en 1868? Aquel pronunciamiento se llama glorioso, y según buena lógica, lo mismo deberá llamarse el que se acaba de hacer. Aquel pronunciamiento legítima este, por penoso y desagradable que sea oírlo: aquel fué el principio y ésta su irrevocable consecuencia.

Es además resultado necesario de las doctrinas que se vienen defendiendo desde el primer día de la revolución: un experimento que se hace para ver si son tan buenas como se dice: el pueblo soberano quiere república y en uso de su soberanía la proclama solemnemente: ¿qué se va a decir contra su augusta voluntad?

Lo que aparece plenamente probado es el magnífico efecto producido por el viaje de D. Amadeo a las costas de Galicia: mes y medio hace que las visitó y no se puede pedir mas prontitud en los efectos: han sido tales como se podía desear.

APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION EN GUIPUZCOA.

Con el título que sirve de epígrafe a esta breve reseña, acaba de publicar un folleto el reputado escritor, ex-diputado por Guipúzcoa, D. Benigno de Rezusta.

Lo hemos leído con gusto por la sencillez y corrección de su castizo lenguaje, por las bellas ideas que revela y los purísimos manantiales de que las hace brotar, por la elocuente y verídica descripción que contiene del bastardo origen, del funesto desarrollo y de las terribles consecuencias de la revolución de Septiembre, y porque el folleto está escrito con profunda convicción e inspirado en el mas puro patriotismo.

Pero lo hemos leído con estraneza y sentimiento, porque no hallamos justificadas ciertas aventuradas apreciaciones, ni pueden ser consecuencia lógica de las verdicas premisas que el Sr. Rezusta asienta, las deducciones que le llevan a buscar el remedio de los males presentes en la política conciliadora que representa el señor duque de Madrid.

El ilustrado autor del folleto traza a grandes rasgos la triste historia de la revolución de Septiembre, recordando sus dulcísimas promesas, deplorando sus amargos desengaños, y sin olvidar la negra ingratitud y la insigne deslealtad de sus iniciadores para con la augusta señora que les había colmado de beneficios.

Como era natural, de todas las famosas conquistas revolucionarias, la mas funesta, la que alarmó la conciencia e hirió el mas noble y arraigado sentimiento del pueblo guipuzcoano, como alarmó

la conciencia y desgarró el corazón del pueblo español, que blasona de católico, sin que en la firmeza de sus creencias religiosas reconozcamos primacía en ninguna provincia de España, fué la libertad de cultos, que, como dice con mucha razón el autor del folleto, acabó con la tolerancia que de hecho existía, iniciando una persecución injusta, implia y grosera contra todos los intereses sagrados de la Iglesia.

Hirido en sus sentimientos religiosos, el pueblo guipuzcoano se apercibió a la lucha legal, alzando la bandera de *Dios y Fueros*, gloriosa enseña del país vasco y emblema sagrado é inviolable para toda la raza de Euzkara.

Unos cuantos mal aconsejados vascongados se habían erigido en junta suprema revolucionaria, habían destituido los populares ayuntamientos de los pueblos de Guipúzcoa, substituyéndolos con otros nombrados a su capricho, y habían desconocido la autoridad de la diputación foral, encarnación de las instituciones del país.

A pesar de esta inmensa desventaja, el partido católico-monárquico de Guipúzcoa triunfó por muchos miles de votos en la primera elección, protestando elocuentemente en el secreto de las urnas contra las ideas y tendencias de la revolución.

Este resultado funesto de la primera prueba, lejos de detener a los demagogos en el fatal camino que seguían, les irritó é inspiró una conducta agresiva, que apenas se conoce, contra todo lo que siempre había sido objeto de la veneración de los guipuzcoanos.

Crearon por su propia autoridad una llamada diputación provincial, con el exclusivo objeto de intervenir los actos de los nuevos municipios, arrebatando sus atribuciones a la diputación foral, a fin de que en las Juntas generales, que debían celebrarse en Fuenterriabá, tuviese el partido revolucionario una representación que rechazaba la inmensa mayoría del pueblo guipuzcoano, como evidentemente lo había dado a conocer en la elección de ayuntamiento y en la de diputados.

Para hacer posible este resultado, la diputación provincial anuló ó suspendió de nuevo varios ayuntamientos sin motivo ni pretexto, con lo cual quedaban sin representación en las Juntas generales, muchos pueblos de la hermandad de Guipúzcoa, barrenando de esta manera el Fuero, que es el libro venerando de las libertades vascongadas.

Tan arbitrarias medidas obligaron al partido tradicionalista a protestar y retirarse, como lo hicieron al ver invadida la Asamblea guipuzcoana por individuos extraños, que eran una violación flagrante del código foral.

A solo 25 pueblos quedó reducida la representación liberal, cuyo primer acto fué aprobar un voto de censura contra la diputación foral, por el hecho escandaloso de haber sido felicitado al obispo de Jaén por su brillante discurso en las Cortes, defendiendo la unidad católica.

Dueno absoluto de la junta el partido revolucionario, no se paró en barras; suprimió por su sola autoridad las parroquias que tuvo por conveniente y les señaló los sacerdotes que juzgó necesarios.

Los ayuntamientos, como era natural, se opusieron a semejantes arbitrariedades; é irritada la diputación, mandó procesar a los ayuntamientos, con cuyo violento proceder se llenaron las cárceles públicas con los individuos que los componían, permaneciendo en ellas hasta que las Audiencias de Burgos y Pamplona les absolvieron declarándolos inocentes.

Esta absolución no fué, sin embargo, bastante a obligar al poder arbitrario de la junta, y aun al gobierno mismo, a reponerlos en sus puestos; y las Juntas de Vergara y Motrico se celebraron tan ilegalmente como lo habían sido las generales de Fuenterriabá.

Estas y otras muchas violencias denuncia el folleto del Sr. Rezusta para venir a parar en una conclusión inesperada é ilógica; que la solución apetecida por los guipuzcoanos, el coronamiento de las ideas salvadoras que se encierran en el lema «Dios y Fuero», en ninguna parte la encontrarán mas que en la política conciliadora que representa la persona del duque de Madrid.

Y ¿por qué?

El Sr. Rezusta ha dicho en los primeros párrafos de su folleto: «Venció la revolución y al día siguiente de la victoria, el país en general y las provincias vascas en particular, quedaron sumidas en un mar de inquietudes y de dudas, al considerar el negro horizonte que lo porvenir desplegaba ante sus ojos.»

¿Por qué no volver al día de antes en que tan felices eran los vascongados?

¿Por qué no volver los ojos al príncipe D. Alfonso, continuación del día de antes y aurora del porvenir?

Meditelo el Sr. Rezusta.

M. GAMBETTA Y LA PRENSA RUSA.

Después de haber sido durante la semana pasada el discurso de M. Gambetta en Grenoble objeto preferente de la prensa francesa, ahora llega la vez de emitir su opinión acerca de esta arenga a los periódicos de las demás potencias de Europa.

El *Diario de San Petersburgo*, cuya gran publicidad y relaciones son de todo el mundo conocidas, consagra su último boletín a la crítica de este discurso; y como la versión del *Times* de Londres acerca de la reciente entrevista de M. de Tismascheff con el presidente de la república francesa, da mayor interés a lo que pueda pensarse en Rusia respecto a las doctrinas del ex-dictador, hemos creído conveniente copiar el siguiente pasaje del artículo del diario ruso.

Dice así:

«Por lo que a nosotros toca, no tenemos dificultad en admitir con los defensores de M. Gambetta, que el orador ha podido verse arrastrado mas lejos de lo que quisiera, ni tampoco la tenemos en creer que no era su ánimo lanzar contra el gobierno y contra la mayoría legislativa, los peligrosos ataques a que se ha dejado llevar.

«Concedido esto, y no es poco conceder, nos será permitido afirmar que un hombre tan poco dueño de sus palabras, mucho menos lo podía ser de sus acciones el día en que llamado al poder supremo de un gran Estado, se creyese desde luego seguro de la adhesión universal de la nación a sus actos y a sus proyectos, y no viéndose rodeado mas que de aduladores ó de energúmenos, tendría que traducir en hechos sus palabras. ¿Por qué de algunos meses a esta parte había empezado el partido moderado a aceptar a M. Gambetta como un candidato formal para el porvenir? No sería ciertamente a causa de sus antecedentes dictatoriales, por los que todo lo mas podría estar dispuesto a amnistiarle. Sería mas bien a causa de cierta moderación en las palabras del antiguo ministro de Tours y de Burdeos, cuya persistencia podía hacer creer que no era meramente exterior, sino que participaban de ella las ideas de M. Gambetta.

«Pues bien; han bastado algunas ovaciones, recogidas en cierto número de localidades, mas ó menos importantes, para hacer creer a M. Gambetta que su moderación ya no tenía razón de ser, y que podía arrojar la careta. Esto indica desde luego un juicio poco meditado sobre la importancia de estas manifestaciones; pero lo que mas esencialmente demuestra es poca profundidad—por no decir poca sinceridad—en la conversión de monsieur Gambetta a las ideas moderadas.

«Ciertamente es el discurso de Grenoble no ha sido mas que una improvisación; pero basta para haber hecho traición a los secretos pensamientos del orador, ó a las relaciones que ha conservado con el partido estremo, y a las que ha creído deber sacrificar en esta circunstancia.

«De cualquier modo que sea, ha advertido a la nación que debe renunciar a ver en él un hombre, que amoldándose a las circunstancias de la situación, sabe hacer el sacrificio de sus pasiones; un hombre que creyéndose con títulos a la misión mas sublime que un gran país puede confiar a cualquiera de sus hijos, debe también tener bastante fuerza de voluntad para no apartarse nunca de la línea de conducta que parecía haberse trazado. Si esta fuerza de voluntad le ha faltado ya cuando solo era aspirante, ¿dónde la encontraría el día que estuviera en el poder?»

El lenguaje del *Diario de San Petersburgo*, no por ser moderado en la forma, deja de ser enérgico en el fondo, y la fotografía que hace de monsieur Gambetta es perfecta.

El ex-dictador de Burdeos adolece, y lo ha demostrado en esta ocasión, de un defecto capital y por cierto muy común entre sus correligionarios: la impaciencia.

De esperar es que las reflexiones del diario ruso ejerzan una saludable influencia en el ánimo de los conservadores franceses. Estos no deben olvidar que en la situación en que se encuentra su país debe atenderse a las advertencias que las naciones amigas hacen de un modo indirecto.

La amistad con la Rusia es tal vez lo que mas importa hoy conservar a la Francia, y por lo mismo debe tenerse muy en cuenta su opinión; en tanto que, como en el caso presente, resulte en beneficio de la nación y pueda hacerse sin menoscabo de la dignidad y el decoro nacional.

Muy viva impresión ha causado ayer en Madrid la noticia del movimiento insurreccional ocurrido en el Ferrol en la madrugada del mismo día.

El pronunciamiento tuvo lugar a las dos de la madrugada en el arsenal al grito de ¡viva la república! Han tomado parte en el mismo unos 1.500 obreros, inclusa la guardia de arsenales y la marinería, permaneciendo indiferente la población y hostil la guarnición, compuesta de tres compañías de infantería de marina.

Al frente de la insurrección se hallan el coronel retirado de la misma arma, Sr. Pazos, y el capitán de fragata, también retirado, D. Braulio Montojo.

Los insurrectos están circunscritos al arsenal y a la ría. Pero el arsenal tiene 150 cañones para su defensa, y la ría es inaccesible por su embocadura, que tiene una buena defensa construida en tiempo del general O'Donnell.

Como los insurrectos pueden defenderse largo tiempo y con mucha ventaja por mar, se ha mandado concentrar fuerzas en las inmediaciones del Ferrol, para donde habrá salido ó saldrá de un momento a otro el capitán general de la Coruña con el objeto de caer sobre la plaza y atacar el arsenal, que por la parte de tierra no puede oponer resistencia.

El telegrama leído por el Sr. Beranger en el Congreso dando noticia de este hecho, dice así:

«Ferrol 11 (4 las once y cincuenta minutos de la mañana).—El comandante general del departamento al ministro de Marina.

Sublevado el arsenal con la fuerza de guardias de arsenales y marinería.

Un brigadier, no de marina, y el capitán de fragata retirado D. Braulio Montojo, al frente del movimiento. El comandante general del arsenal preso en el parque. Los sublevados son dueños de los buques remolcadores y lanchas.

De la bahía no permiten la salida de ninguna embarcación. Interceptado el telégrafo, ha podido recomponerse y he pedido auxilio a la Coruña. De acuerdo con el gobernador militar, he tomado las precauciones que considero convenientes con la escasa fuerza de ejército

mesas, que el gobierno nos diera justicia y pagara con puntualidad á sus acreedores. Me parece que no es mucho exigir para quien promete tanto.

Antes de discutir lo que realmente pueda ser objeto de discusión, establezcamos hechos y cifras verdaderas evidentes que en vano se intenta desconocer, y estos hechos y cifras verdaderas serán un precioso seguro para futuras investigaciones.

La revolución de Setiembre está en un período descendente; tiene menos fuerza y menos autoridad cada día, y se ha encerrado en un círculo de hierro tan estrecho y tan tirante, que ella misma no puede vivir en cerrado en sus límites actuales, y tiene que saltar ó morir ahogada. Y a este estrecho ha llegado por sus propios desvarios, por la impotencia de sus doctrinas; porque ha sido desde el primer día una revolución falsa, violenta, suscitadora y recalcadora, que no se ha ocupado ni de la fuerza de sus enemigos, ni de realizar promesas, sino de destruir mutuamente los elementos que componían la revolución, y como es lo único que se ha ocupado, esto es lo único que ha conseguido. En esta parte el éxito ha sido completo.

El partido progresista no ha estado pensando más que en la revancha de 1843 y en la revancha de 1856. A través de todas las lisonjas, de todos los vótores, de todos los arcos de triunfo para el ilustre marino y para el héroe de Alcolea, al menor contratiempo, al menor disgusto, se veían las intenciones y la polémica diaria en los periódicos, que es donde se reflejan, digase lo que se quiera, las intenciones y deseos de los partidos.

Consigno, pues, el hecho sin tratar de profundizarle ahora; pero como está en la verdad de la situación, y como en otros tres años que han transcurrido no se han ocupado unos y otros revolucionarios más que en franquearse el paso los unos por encima de los otros, por eso no han gobernado, por eso se le ha escapado de los labios al Sr. Ruiz Zorrilla espontánea y naturalmente la verdad de la situación: «la revolución no ha intentado siquiera realizar sus promesas». Es decir, la revolución no ha gobernado, ni ha podido gobernar, ni se lo ha pasado por la imaginación el realizar su programa.

Tenemos pues, por mi cuenta, tres años perdidos. Tenemos, pues, á la revolución con muchas menos fuerzas que cuando vino al mundo. Y esto es obvio y concluyente. De los tres elementos que concurrían a la revolución, dos están completamente separados de ella: los republicanos, que se van para adelante; y los conservadores, que se vienen para atrás.

Las declaraciones unánimes mudaron en todos sentidos. De los que votaron y trujeron á D. Amadeo, hay muchos que han renegado de su voto, de la estructura general de las instituciones democráticas en el punto y sazón en que nos encontramos. Por lo cual me han sorprendido algunas declaraciones de los conservadores de la revolución que se sientan en esta Cámara, y creo que me hubieran sorprendido más esas declaraciones de dinamismo si me sentara en el banco de los ministros. Yo confieso, yo esperaba otra cosa; pero aguardo tranquilos los sucesos.

El rey no puede cambiar de ministros. Los ministros no pueden cambiar de Cortes, no pueden aconsejar la disolución. No hay, pues, ni régimen constitucional ni monarquía. La demostración es palmaria. Con arreglo á la Constitución, no se puede suspender la legislación mas que una sola vez. Con arreglo á la Constitución, es necesario que las Cortes estén reunidas cuatro meses lo menos cada año. Estas Cortes, pues, no pueden disolverse en todo este año, porque aun estando nosotros reunidos incesantemente los tres meses que faltan de año, apenas si cumplimos el precepto constitucional.

La suspirada democracia y las continuas querellas con los revolucionarios, nos han traído á este trance inevitable. El rey, pues, se ve privado de hecho de una de las principales prerogativas de toda Constitución monárquica. Las Cortes no se pueden disolver en este año; sobre este punto, ó sea parecida, había una emienda presentada por el Sr. Ullas; yo desearía oír la autorizada voz de S. S. en una discusión tan amplia como la presente, en este palenque abierto á todas las opiniones y á todos los sistemas; es preciso que todos presenten sus razones, y desearé vivamente oír al Sr. Ullas sobre tan graves materias; pero en fin, si hay una crisis, crisis y discordancia que se había de esperar por fuerza á la mayoría de la Cámara, cómo se forma un nuevo ministerio? ¿Cómo ese nuevo ministerio gobierna con estas Cortes? Es decir, que á la menor complicación, á la complicación mas natural y sencilla, ni tenemos rey, ni tenemos ministerio, ni tenemos Cortes con esta Constitución democrática y en esta situación radical; porque no es tener rey si no tiene facultades para dirigir los conflictos parlamentarios, y ya he demostrado que el rey no puede disolver estas Cortes; porque no hay ministerio posible el día que haya una discordancia entre estos ministros; y he aquí por dónde, sin intervención del partido moderado, sin conspiraciones del partido moderado, y por su propia virtud, la revolución de Setiembre ha hecho una Constitución que no sirve ni para el rey ni para los ministros; la revolución de Setiembre ha matado la monarquía y se ha consumado en una esterilidad perfecta con relación al bien público.

Resulta, pues, evidentemente demostrado que la revolución de Setiembre va en descenso, que tiene cada día menos partidarios, y que por confesión del propio presidente del Consejo de ministros, todavía no ha pensado en realizar su programa.

Hasta ahora lo que hemos hecho desde la revolución de Setiembre ha sido cambiar de postura, variar los accidentes de la situación, pero no la esencia; y si no, yo pregunto: ¿dónde está la ventaja? Por mi parte, respondo la situación del país en los mismos términos que en las legislaturas anteriores; hago las mismas preguntas; hago la misma recapitulación, y de seguro obtendré las mismas respuestas, respuestas que acreditaban buen deseo, pero ningún progreso.

En el interior tenemos los mismos conflictos; en el exterior la misma desconsideración. En el interior tenemos guerra civil armada, y guerra civil permanente en los átomos y en los espíritus. Tenemos guerra civil en América, siempre en el mismo estado, pero siempre desgranando á la madre patria y empobreciéndola: las dificultades entre los españoles cada vez son mas hondas y profundas. No progresamos mas que en edios y en fautores: parecemos un pueblo de desesperados y de leproso corroidos por la envidia; y si seguimos en esta proporción, España vá á ser un pequeño Méjico.

Recorred todos los ramos de la administración uno por uno, y decidme vosotros: ¿cuál es el que ha mejorado de cuatro años á esta parte? ¿Deseo oír una palabra de consuelo, deseo oír de vuestros labios. No nos ocupamos de vagar generalidades. ¿Ha mejorado la Hacienda? ¿Ha mejorado el ejército? ¿Ha mejorado la administración? ¿Ha mejorado la Marina? ¿Ha mejorado las costumbres? ¿Ha mejorado la instrucción? ¿Ha mejorado la educación? Señaladme un progreso. Dejémos por un instante á un lado las teorías y las doctrinas, y contestad satisfactoriamente á un solo punto. Desde la revolución de Setiembre acá se han paralizado las obras públicas por completo. Los antiguos caminos se han hundido, las desgracias son diarias; y vuelvo á repetir: lo que es mejor ahora, yo no lo veo. Recorred todos los ministerios, recorred todos los ramos de la administración, señalad todos los servicios: citad uno en progreso en rentas, en contribuciones, en ejército y armada. Siempre el mismo silencio sobre este punto general y transcendental.

Pero esto es una exageración. Pues qué, ¿la revolución

no ha acertado en nada? ¿La revolución ha sido de todo punto estéril é infundada? Yo soy franco, y he de confesar aquello en que ha acertado.

En toda la obra revolucionaria no hay mas que una cosa que nos es característica, y otra cosa en que se ha acertado por completo. Es característico el resultado de la Constitución democrática, presentados con un objeto de arte en presencia de un artista español, y decidme: ¿yo quiero que me haga V. una cosa semejante? la contestación inmediata que se recibe es la siguiente: «no señor; la he de hacer mejor; y es cosa de echarse á temblar. Pues esto es lo que ha sucedido con los artistas constituyentes de 1869. Se les puso de manifiesto el estado de Europa; y se hizo ver todas las Constituciones del universo, y dijeron: «nosotros hemos de hacer una Constitución mejor que todo eso; y han hecho una Constitución que nadie entiende, que nadie cumple, y con la cual nadie ha de poder gobernar. Esto es lo característico.

Su lo que han acertado, por completo, en lo que han tenido un éxito, fabuloso, la única idea revolucionaria que han practicado y que han conseguido, es la de tener la menor cantidad de rey posible. No se puede tener menor cantidad de rey; habéis estado inspirados, y así es que de este rey á la república se va ello solo por sus pasos contados; y por eso los republicanos son benévolos, y me parece poco.

Por lo demás, esto no es otra cosa que el viejo.

¿Qué diréis de un árbol traído de tierra extraña, y que después de transplantado se le fueran cayendo una á una todas las hojas que había traído de su antiguo plantel, y que no brotaran por ningún lado hojas, cogollos ni flores? ¿Qué fruto os podáis prometer de semejante árbol? Todos diréis que el árbol estaba seco. La comparación no puede ser mas exacta, señores diputados, y me detengo á mi pesar dos minutos mas en este punto; y digo á mi pesar, porque yo sé respetar todas las posiciones, y porque yo sé guardar todas las convenciones.

Figuráos un viajero cualquiera, un hombre regularmente instruido, de buena familia, de buena fortuna, que tiene palacios y que da saraos y convites. Este hombre, por desconocido que sea, tiene amigos, hace relaciones; se introduce en la sociedad, arraiga; en una palabra, hace conocimientos, hace amigos; es aficionado á la pintura, es músico, aficionado á las bellas artes, hace versos; habla, en fin, habla. Y no digo mas, porque me he propuesto llevar los respetos al último límite; y una palabra mas sería descortésia.

Teneis la menor cantidad de rey posible; pero cuando una ama una institución, se quiere la mayor cantidad posible de aquella institución.

Esta es la realidad. En España sucede hoy eso; en España, donde no llega un perdido que como traiga dinero y abra sus salones, y dé bailes, no se vea al instante rodeado de gentes. (Sensación.) Las clases antiguas, los partidos antiguos, la sociedad antigua, todo se encuentra en la misma situación en que quedó enclavado en 1868. Los republicanos, republicanos han quedado con aumento; los carlistas, carlistas han quedado con aumento; los alfonsinos, alfonsinos se han quedado; pues si aquí se dice que solo en el ejército hay 6 000 oficiales alfonsinos! Resulta, pues, que todos los partidos van aumentando, que todos los partidos se van organizando, y que uno solo se va quedando aislado, que es el partido de la dinastía actual. ¿Por qué? Porque únicamente la sostienen mientras son ministros; y así es que aquí no hay ni monarquía ni Constitución; y la prueba de ello es lo que le salí del pecho, de ese pecho noble y leal, al señor presidente del Consejo de ministros, cuando le oímos decir, hablando de la probabilidad de un ataque contra la dinastía, que él moriría á las puertas de palacio si alguien atentase contra la vida del rey. Pues ese rey, á quien se tiene que defender así, ese rey está muerto.

En las dinastías, en las monarquías, las instituciones son las que sirven de escudo, y no el pecho descubierta de un ministro para que claven en él su puñal los asesinos. Desde el momento que es necesario que la lealtad probada de un ministro diga que pone su pecho delante de los asesinos para defender al rey, ese rey está muerto; porque esto trae consigo la impresión, no precisamente de que ese rey pueda morir á mano airada, sino de que la institución monárquica, tal como se ha planteado, es estéril. Y al decir esto, yo no he de faltar á las consideraciones debidas; digo solo que como aquí no se ha pensado mas que en destruir, y como aquí no se piensa ni en administrar ni en gobernar; como en todas nuestras revoluciones se ha estado siempre pensando en la manera de destruir esos elementos á otros, se ha visto que esta revolución que empezó tan pujante con tres elementos unidos, se ha ido poco á poco divorciando, quedando después dos elementos, y el aislamiento es lo único que progresa.

Hechas estas observaciones generales, rápidas, breves, sobre la situación general de España, sobre la política interior por decirlo así, voy á detenerme algunos momentos mas á tratar lo que se entiende por derecho nuevo, y á discutir de veras y en su esencia el sufragio universal; y el Congreso me permitirá, y siento molestarle, que yo haga una pequeña correría por Europa, á la cual me ha invitado hasta cierto punto mi amigo el señor ministro de Estado.

El sufragio universal, señores, no es, ni ha sido, ni puede ser fuente de derecho, y sería una gran calamidad para las naciones cultas el que el sufragio universal fuera fuente de derecho. El sufragio universal ha estado, como he dicho al principio de este discurso, siempre al lado de los poderosos; el sufragio universal ha sido imperialista en Francia; el sufragio universal es republicano en Francia; el sufragio universal ha hecho lo que se llama la unidad de Italia, precediéndole la fuerza material; no ha habido tal voluntad general. ¿Hay quien dude que si mañana entrara triunfante por las puertas de Madrid, D. Carlos, el sufragio universal le prestaría su apoyo? ¿Hay alguno que dude que si se estableciera la república, el sufragio universal invadiría toda España en favor de la república? ¿Hay alguno que dude que el día del triunfo de D. Alfonso no tendría de su parte el sufragio universal? (No, no.—Risas.) ¡Ah! Que me den á mí esos 7 000 oficiales alfonsinos de que se ha hablado por personas autorizadas, y ya veréis si el sufragio universal se venia con nosotros, como se ha ido con todos los vencedores.

No me citareis un solo ejemplo, ni una sola cuestión europea, que se haya resuelto por el ministerio del sufragio universal; ni una sola. En Italia, el sufragio universal vota la agregación de algunos pueblos del reino de Cerdeña, precedido siempre por las victorias de la Francia y por las bayonetas del rey Víctor Manuel; vota lo que se llama la unidad de Italia; pues ese mismo sufragio universal vota la desmembración de Italia, agregando Niza y Saboya á la Francia, siempre por mandato y por vilagear á los poderosos. Es, pues, partidario de las grandes nacionalidades y de las grandes desmembraciones. ¿Qué papel ha hecho el sufragio universal en la unidad de Alemania? ¿Que poblaciones se han unido allí á la Prusia por virtud del sufragio universal? ¿Hubiera dicho el emperador Guillermo si al conquistar la Alsacia y la Lorena le hubieran dicho que el derecho moderno era el sufragio universal, y que era preciso consultar la voluntad de las poblaciones? Pero sin ir á estos hechos tan marcados de fuerza, ¿quién debe la Italia la agregación de la Lombardía; á quién debe la Italia la agregación del Véneto y del Cuadrilátero? ¿Lo debe al sufragio universal?

Lo debe á sus propias victorias. No lo debe á un acto propio de la Edad Media. El emperador de Austria, después de la batalla de Magenta, una vez, y después de la batalla de Sadowa, otra, dijo al emperador Napoleón: «Te cedo mis tierras de Lombardía; te cedo el Véneto; y el emperador Napoleón, sin consultar á nadie, ni á la Francia, ni á la Europa, ni mucho menos al sufragio universal, dijo: «Pues yo á mí vez cedo la Lombardía y el Véneto al reino de Italia.» Esta es la verdad histórica.

El sufragio universal con todas sus pretensiones y todas sus vanidades no ha resuelto ninguna cuestión en los tiempos modernos, y los gobiernos que quieren alimentar y dirigir las sociedades con esto que se llama ideas democráticas, son como los hombres que quieren mantenerse con frutas verdes que se indignan. (Muy bien, muy bien, alrededor del orador.)

Señores, los acontecimientos que han tenido lugar en Europa, son la cuestión de Italia, la cuestión de Dinamarca, la cuestión de Alemania, por último, la desgracia de la Francia. ¿Cómo se hizo la unidad de Italia? ¿Bastó á propiarse por Francia principalmente y por Europa después, una idea extraña y mucho mas revolucionaria que todas las que puedan tener juntos todos los partidarios de nuestra revolución. La idea de las grandes nacionalidades consiste en agrupar en una sola nación aquellas que tuvieran identidad de lenguaje y de raza; no creo que nadie me desmentirá sobre la teoría que se extendió por Europa. La intención que se llevaba la Francia al desenvolver esta peligrosísima idea, que ha concluido con la independencia y la riqueza de Francia, la intención que llevaba era borrar los tratados de 1815 y tomar las dos orillas del Rin.

Napoleón quería realizar su pensamiento por un medio hipocrita, y entonces vino la guerra de Francia contra Austria, á la que acudió Italia. En esta primera embestida, Italia consiguió reunir varios reinos alrededor del antiguo de Cerdeña, y después de la victoria, llevando siempre por delante unos cuantos batallones, se hacia ese ensayo del sufragio universal, y el sufragio universal lo hacían los batallones. Así es como se ha hecho el sufragio universal en la mayor parte de los reinos de Europa, y así es como se ha hecho en estos tiempos el despojo de los bienes del patrimonio de San Pedro.

Peró que es lo que sucedió en Palermo, en Nápoles y en otra porción de Estados que no quisieron resignarse al yugo del rey de Italia? Que fue preciso bombardearlos. Este ha sido el verdadero sufragio universal. La primera campaña quedó reducida á la anexión de Lombardía al reino de Italia, Alemania, que veía el error con que se conducía la Francia, empezó á pensar en la unidad de Alemania; así es que la unidad de Italia ha engendrado la unidad de Alemania, sin que haya conseguido Francia tomar las orillas del Rin. En la primera campaña, Francia consiguió una especie de indemnización; en la segunda, Francia se propuso extender sus fronteras por el Rin; pero en cuanto el rey Guillermo ganó la batalla de Sadowa, le dijo al emperador Napoleón: «Yo no os puedo ceder una pulgada de terreno; y se tuvo que contentar; porque no estaba preparado. Después intentó que se agregara á Francia el ducado de Luxemburgo, y lo único que consiguió fue que se desmontara la fortaleza. Aquí empieza el acto de fuerza de Alemania. En vista de este espectáculo, Alemania piensa apoderarse de los ácidos de Elba, y á pretexto del cumplimiento del pacto federal, consiguió que entraran las tropas hannoverianas y sajonas; fue avanzando en sus pretensiones. Prusia se unió á Austria, y entraron con 80 000 hombres, retrocediendo las tropas hannoverianas y sajonas, dando por resultado la guerra del 64. De los dos ducados del Elba quedaron encamados, primero uno y después los dos, en la Confederación del Norte, y de aquí arrancó la guerra con Austria, en virtud de que acabó de redondearse Alemania en sus ideas de engrandecimiento. Pues en ninguno de estos hechos, todos recientes, ha intervenido para nada el sufragio universal.

Se hubieran reído en Alemania si les hubieran propuesto el sufragio universal. Por consiguiente, lo que sostengo es que no puede llamarse derecho moderno, derecho de la civilización moderna, al sufragio universal, puesto que se han resuelto siempre las cuestiones generales por medio de la fuerza, y ninguna por medio del sufragio universal. Las nacionalidades actuales se han conquistado por medio de actos de fuerza.

Lo que hay de raro y de algo tan anómalo, y por lo que nuestros revolucionarios deben estar resentidos, y en donde se ha conocido mas su impotencia, es que cuando tanto se ha hablado de la unión de razas y de la semejanza de lenguaje para el efecto de unir poblaciones y hacer grandes nacionalidades, nadie se haya acordado de la unión de España y Portugal, que encierra tambien en estas opiniones reinantes en Europa; y yo tengo por seguro que si se hubiera intentado esta unión, tan conforme con las ideas dominantes, se hubiera opuesto la Inglaterra, la cual, sin embargo, cedió en la cuestión de Dinamarca.

Ahora, en estos días, hay algo de misterioso en los asuntos de Portugal: hay una crisis anómala é irregular: se habla de grandes trastornos, y yo creo que en esto debe tener el gobierno noticias mas exactas y detalladas que yo. Los anuncios de una revolución en Portugal vienen manifestándose hace días, y D. Amadeo en España y una hermana de D. Amadeo en Portugal, pueden ser complicaciones graves; y no digo mas sobre esto, porque la cosa puede ser grave, y yo no estoy bastante enterado.

Por lo demás, yo no niego el progreso ni soy obstinado contra los hechos. Yo bien sé que hoy no hay un hombre bastante ilustre para llenar todo su siglo. Hoy no sé si el siglo de León X, que después de todo, podía caer en la capilla Sixtina. Hoy no sé si el siglo de Luis XIV, que después de todo, podía caer en Versailles. Hoy no sé si el siglo de los Enciclopedistas, como se llamó el siglo XVIII. El siglo actual se llama el siglo del régimen representativo, el siglo de la intervención de las naciones en sus propios asuntos, el siglo de la libertad hermanada con el orden; y en todos los períodos de la historia, cuando domina una idea, cuando domina un principio, cuando rige un sistema, ese sistema tiene en todas partes condiciones generales que dominan á todos los gobiernos, aparte de alguna que otra circunstancia local que arraque de las condiciones especiales de cada país. Por ejemplo: cuando dominaba el feudalismo, en todas partes dominaba el feudalismo, y las ideas eran aproximadas, eran iguales. Cuando al feudalismo sustituyó la monarquía hereditaria, la monarquía hereditaria tiene en todas partes los mismos caracteres generales. En unas partes se anticipa mas que en otras el régimen constitucional. Inglaterra, nación egoísta, hace una revolución para ella sola, y hace un régimen constitucional á su imagen y semejanza.

Viene en seguida la revolución francesa, un siglo después, y la revolución francesa, mas propagandista, extiende sus principios por el universo entero. Se establece después de mil convulsiones el sistema representativo, y el sistema representativo reviste en todos los pueblos entos los mismos caracteres. Hay sus variaciones, nacidas de circunstancias locales; pero yo no veo en ninguna parte esa tendencia á lo ideal, al desconocimiento, á lo puramente democrático. Yo veo mas bien la tendencia conservadora marcada. Ya en esta misma situación radical se habla de conservadores radicales; como hay conservadores de la revolución, conservadores liberales, para venir á parar á conservadores alfonsinos, que es el centro de las verdaderas opiniones con-

servadoras. Cuando se sube al gobierno, ó cuando se sufre algun descalabro, es cuando se acuerdan todos de ser conservadores; lo cual prueba que la tendencia de la época es á las opiniones que yo mantengo, á las opiniones constitucionales.

Por lo demás, los acontecimientos son tan grandes, las peripecias tan prontas y tan sensibles, el movimiento de flujo y reflujo de la opinión tan rápido y á veces tan instantáneo, que aun cuando aparezca alguna pequeña contradicción, en mi juicio la contradicción no es mia, sino de los sucesos mismos, de la opinión misma individual y colectiva, de la opinión que fluctúa, de los gobiernos que dudan, de los reyes que han tomado por instrumento la revolución unas veces, de los pueblos que han tirado por la ventana las coronas después de haber sido instrumento de todas las tiranías. Ha habido espasmos para todo el mundo, para reyes y para pueblos, porque ni los unos ni los otros tienen una política determinada y fija. Estamos, señores diputados, en una de esas épocas, no de transición, no de emancipación de un cuarto estado que no existe todavía, si no de confusión, de perturbación, que precede siempre en todas las elaboraciones históricas á un punto mas ó menos definitivo; no definitivo, dije mal, porque la humanidad está destinada á fluctuar entre el error y la verdad; entre la luz y las tinieblas; pero á ir avanzando siempre en el camino de su perfección.

Y esto es inútil desconocerlo, ni yo me propongo discutirlo ahora; y por eso esta especie de contradicción en el que hace la crónica de estos tiempos, cuando la contradicción existe en los agentes primordiales, y así yo he podido sostener que las tendencias de la Europa eran un poco mas liberales hace algun tiempo, pero que en presencia del descalabro de la guerra en Francia, y de las iniquidades de la Commune, y de los propósitos y de los atrevimientos de la Internacional, la Europa se haya replegado y haya retrocedido, y contra la coalición de los obreros ó de los proletarios se realice una coalición de los poderosos.

Contra estas apreciaciones está el señor ministro de Estado, que me decía hace pocos días que las ideas iban hacia la democracia, y como prueba citaba que la república se afianzaba en Francia.

La república se consolida en Francia. No hay grandes síntomas para demostrar que la república se consolida en Francia; pero lo doy por consentido. La república se consolida en Francia. ¿Qué república? Entendámonos. Una república que conserva sus estados de sitio correspondientes; una república que ha hecho la ley mas dura que se conoce contra la Internacional; una república que tiene la pena de muerte frecuentemente aplicada contra sus enemigos; que suspende consejeros generales, que suspende ayuntamientos, que prohíbe publicar por las calles la venta de los periódicos. No; en París, con república, no se permite y está expresamente prohibido el gritar por las calles: *El Jaque-Mate, El Cencerro, El Garbano, El Papelito Nuevo*.

Aquella república, para consolidarse mas, nombra Vicepresidente del Consejo de Estado á M. Odilon Barrot, y proyecta establecer una segunda Cámara para nombrar presidente de ella á M. Guizot, y está elaborando varios proyectos de ley, entre otros, uno del sufragio universal, para que no pueda votar ningún ciudadano hasta que haya cumplido su servicio militar, y se exigirá un año de domicilio en cada localidad para que el elector tenga voto.

Aquella república tiene una Asamblea cuya mayoría llama majestad al conde de Chambord, cuya mayoría llama altezas á los príncipes de Orleans, y tiene una Asamblea que únicamente se ha estado ocupando durante el último período legislativo en proyectar y realizar la organización del ejército, para ver cómo pueden tomar la revancha.

En Francia, en fin, no se piensa mas que en la guerra; y si no hay monarquía, es porque el conde de Chambord parece como que no quiera ser rey.

¿Queréis esta república? ¿Queréis una república semejante, señores republicanos federales? Pues no hay para qué agitarse tanto, porque en España tenemos mas república con esta monarquía, que en Francia con aquella república. En España tenemos la menor cantidad de rey posible; y en Francia la menor cantidad posible de república, lo cual viene á ser la misma cosa.

Antes de concluir he de hacer brevísimas observaciones dirigidas á las clases conservadoras, y á referir algunos ejemplos para contestar al remedio que proponía el Sr. Garrido. En plata, el Sr. Garrido venia á decir: ceded por buenas, porque si no, tendréis encima lo que tanto teméis. Yo creo, por el contrario, que cuando ciertas cosas vienen, vienen siempre lo mismo, cediendo y no cediendo, y que es necesario que cada cual guarde su puesto y mantenga su derecho. Las clases conservadoras en España tienen mucha y legítima influencia, y cuando todo el mundo tiende á hacerse conservador, sería verdaderamente incomprensible el que las clases conservadoras tendieran á hacerse revolucionarias, lo cual sería un verdadero contrasentido; pero tanto deben permanecer inactivos, porque si después vinieran grandes catástrofes, y las clases conservadoras sufrieran lo que las pronosticaba el Sr. Garrido, lo tendrían bien merecido.

Yo repito que, en mi concepto, los proyectos del gobierno no pueden llevarnos sino á la disolución social, y creo que solo las clases conservadoras pueden conseguirlo, organizándose, tomando una actitud de cierto vigor, de iniciativa, y poniendo cada uno de su parte lo que pueda.

La patria nos impone á todos grandes deberes y grandes sacrificios, y es preciso que todo el mundo acuda á defenderse de la invasión que nos amenaza. Se dice que cediendo y sometiendo se consigue todo. Yo creo que esto es un error, y la historia así lo enseña. Cada clase, cada principio, cada individuo tiene cierta situación especial que tiene y que cumplir, y muchos principios se han perdido, y muchas clases han perdido su natural influencia por no atemperarse á esta regla general de conducta.

Yo no acabaré nunca de ponderar ni de manifestar mi contentamiento, por decirlo así, al ver la entereza, la energía, la lealtad con que el gobierno espresa sus opiniones; soy adversario de esas opiniones, pero me gusta la franqueza con que el gobierno procede. Creo que con ellas es imposible dejar de ir á un desastre, á una disolución social, dejando al descubierto todas las grandes instituciones, para encontrarnos después sin monarquía y sin Constitución. Aquí se van perdiendo las antiguas costumbres; el poder, por mas que se crea fuerte, no lo dudeis, ha de llegar, un momento en que se encuentre debilitado, y cuando quiera defender y sostener á la sociedad, le va á ser imposible. Que no se hagan ilusiones los ministros; que mediten bien sobre la historia del país; que no crean que las ideas exageradas que sostienen pueden ser fructíferas.

Yo desearía para mi país toda la latitud posible en sus aspiraciones; pero por una parte se opone á ello el atraso intelectual de nuestro país, y por otra lo arrastran en nosotros están las costumbres antiguas y los grandes intereses de clases y elementos que el gobierno ha perturbado, y que le hacen tener enemigos en todas partes, hasta el punto de que el día meros pensados se ha de encontrar completamente aislado.

No; los consejos del Sr. Garrido no han evitado desastres ni han remediado ninguna catástrofe. Yo no sostengo temeridades; yo digo que cada uno debe cumplir con su deber, y no abdicar de sus prerogativas, de su legítima influencia.

Observad una cosa notable en estas circunstancias. La mayor parte de las calamidades, la mayor parte de

los trastornos que ha sufrido Europa, los ha sufrido, no por la invasión de las ideas revolucionarias, no por las revoluciones, sino porque algunos príncipes y reyes se han enfusado por ambición y han faltado á sus deberes.

Los príncipes ambiciosos han destronado á la mayor parte de los reyes que han sucumbido recientemente. ¿Quién ha destronado á los reyes de Alemania? ¿Quién ha destronado al rey de Hannover? No ha sido la revolución; han sido otros reyes y otros emperadores.

Es necesario que los reyes tengan en cuenta que por la ambición de aumentar el territorio y de tener unos cuantos súbditos mas no deben sacrificar las ideas, ni los principios, ni las instituciones que representan.

Ha habido tambien otros dos fracasos de dos monarquías, fracasos sumamente sensibles, sobre los cuales es menester llamar la atención. Hablo del fracaso de Maximiliano de Méjico y del fracaso del rey de Nápoles. Tambien al rey de Nápoles se le dijo que cediera por buenas y no le sucedería nada; es decir, se le dió el consejo que ayer daba el Sr. Garrido. Cedió, y á todos los reyes que cedan de esa manera, les sale un Liborio Romano.

El emperador de Méjico, Maximiliano, fue llevado á ocupar el imperio mejicano por los notables de Méjico que estaban en París, y llegó á Méjico en alas del partido conservador y del partido clerical.

En el momento que tomó posesión del Imperio, en lugar de poner sobre su corona la cruz de Cristo, puso una pila de América: en la primera procesión a que asistió, mandó que se retiraran los frailes, porque no le gustaba que llevaran los hábitos: el primer ministerio que formó fue republicano, el de Ramirez; y todos conocéis la suerte que tuvo. Cuando llegan los grandes conflictos para los príncipes, los amigos disgustados se entibian y afojan, los enemigos sudados aprietan, y los tronos se vienen á tierra. Estamos en una época en que es preciso que todo el mundo sostenga sus ideas, lo mismo los reyes que los pueblos. No se puede, así como por broma, hablar de cierta clase de ideas ligeramente, porque arraigan y engendran otra clase de compromisos.

Yo, pues, concluyo diciendo que creo que el sufragio universal no es, y no me presentaría un pueblo en que lo sea, principio de derecho. Yo creo que es necesario mantener el régimen constitucional sin opiniones exageradas; y porque creo esto, y porque creo que lo que conviene para mi patria es la tradición, la legitimidad y el gobierno constitucional, por eso soy partidario de D. Alfonso XII. (El orador es muy felicitado por sus amigos y por sus adversarios.)

Después de haber usado con esmero los señores diputados del derecho de preguntar al gobierno sobre asuntos del interés público, llegó el turno para terciar en la importante discusión del mensaje á nuestro distinguido amigo el Sr. Esteban Collantes.

Y para que nuestros lectores tengan un exacto conocimiento de su excelente discurso, le insertamos en el *Extracto* con toda la extensión con que lo publica la *Gaceta* de este día.

No en vano esperábamos con él un nuevo triunfo; pues la tesis principal, que se desprende de la clara exposición del Sr. Esteban Collantes, es que no hay mas doctrinas de gobierno, dentro ni fuera de España, que las que el partido conservador sostiene y practica, cuando no se halla acometido por fuerza mayor, mientras que el partido progresista promueve en la oposición lo que no ha cumplido jamás al llegar al poder.

Los golpes de ingenio de que abunda, las gráficas descripciones que en él se hacen de las conquistas de la revolución, y sobre todo, la feliz metáfora del árbol transplantado, interesaron vivamente á la Cámara, que le escuchaba con atención silenciosa, cosa tan difícil cuando de adversarios se trata.

La Epoca. Prosiguiendo ayer en el Congreso la discusión del mensaje, tocóle hacer uso de la palabra en contra al señor Esteban Collantes. Todo el mundo sabe que este orador brilla por la claridad y la sagacidad, y que sus discursos, si no dicen grandes rasgos de alta elocuencia, ni de pensamientos filosóficos, son lo que debían ser; discursos eminentemente parlamentarios, directos, concisos, suadidos y á causar efecto. El Sr. Collantes casi siempre lo produce, y á ora con doble motivo, porque hace gala de tolerancia con las opiniones ajenas, y procura usar de las mejores formas. Nada tiene, pues, de extraño, que fuese ayer escuchado con gusto por el Congreso, a pesar de que su discurso solo en algunos de sus puntos ofrecía novedad respecto de los del mismo orador en las legislaturas pasadas.

Para probar que los principios del partido progresista son falsos, el Sr. Collantes ha usado siempre el argumento *ad hominem* de que sus autores nunca han sabido ó no han querido practicarlos. Esto sucedió en 1840, y se repitió en 1854: en ambas épocas se llevó el partido progresista, y los gabinetes progresistas, á introducir las prácticas moderadas y mantuvieron la mayor porción de las leyes de ese partido. El Sr. Esteban Collantes, con benevolencia extremada en nuestro concepto, añadia que por primera vez los progresistas, que para él siguen siendo los radicales, intentaban ser consecuentes, aplicando las ideas que proclamaban la revolución; si bien lo único que consiguen es demostrar su impotencia, pues sin quintas no hay ejército, sin consumos no hay hacienda, y con Jurado no hay justicia.

En esta parte la habitual sagacidad del Sr. Collantes no le ha servido para mostrarle la verdad; la cual consiste en que los radicales no son mas consecuentes en esta vez que en las anteriores, puesto que si se trata de las quintas se limitan á suprimir el nombre, y si se trata de los consumos no suprimen ni aun eso, y si se trata del Jurado adoptarán tales restricciones para la formación de las listas, que no pase de un ensayo como los de 1842 y 1855.

Examinando luego la política interior del gabinete, el Sr. Esteban Collantes sostuvo que la revolución de Setiembre no ha planteado ni realizado reforma alguna, y aprovechó la coyuntura para exponer sus ideas acerca de las cuestiones de dotación del clero, organización del jurado para lo criminal, reemplazo del ejército, y otras. No estamos conformes con las opiniones del orador en todos estos puntos. La *Epoca* ha tratado ya con bastante amplitud; mas en lo que concierne á la ley de reemplazo, las observaciones del Sr. Collantes sobre que la media debe ser una carrera especial, en la que se deban buscar las personas que conciben ideas y circunscriben de cierta índole, nos parecen muy acertadas.

Ocupándose luego de la nueva monarquía y de la situación en que se halla colada, el orador hizo ver por medio de una metáfora, que no arriga, y que le sucede lo mismo que á un árbol transplantado á nuestro suelo de tierra extraña, que se le caen las hojas que traía del antiguo plantel y no brota por ningún lado hojas, cogollos ni flores. ¿Qué frutos pueden dar un árbol semejante? preguntaba nuestro amigo. Los mismos ministros que tienen la obligación de defenderle, ¿qué es lo que dicen? Que se harán matar á la puerta de palacio por defenderle. Pues ese rey está muerto; no físicamente, sino en la opinión de los ministros que así lo defienden, de cuya lealtad en esta parte nadie puede dudar.

Después de estas consideraciones relativas á la política interior, el Sr. Esteban Collantes se ocupó de lo que se llama derecho moderno, de las soluciones que han tenido lugar en toda Europa por su influjo, y de las habilidades y conquistas del primer ministro del derecho moderno, que es el sufragio universal.

El sufragio universal ha sido imperialista con el imperio, republicano con la república, conservador y semi-conservador en la actual república francesa; ha sido partidario de las nacionalidades en Italia, partidario de la desmembración de las nacionalidades en la agregación de la Niza y de la Saboya en Francia; ha sido en España instrumento de Serrano, instrumento de Sagasta, instrumento de Ruiz Zorrilla cuando ha estado en el poder, y les ha vuelto la espalda cuando el poder real les ha abandonado; y sería mañana carlista, republicano ó alfonsino, si cualquiera de estas causas llegara á prevalecer.

Puede ser un elemento semejante fundamento del derecho? El Sr. Esteban Collantes se ocupó tambien extensamente de todas las cuestiones que se han ventilado últimamente en Europa; de la cuestión de Italia, de la suya

tion de Dinamarca, de la cuestión de Alemania, todas las cuales se han resuelto por el ministerio de la fuerza y no por el ministerio del sufragio universal. Después de haberse dirigido a las clases conservadoras, haciéndolas saludables advertencias, terminando diciendo que esta era una época de gobierno constitucional, que estas eran las ideas que dominaban en Europa, de gobierno constitucional enlazado con la monarquía tradicional y hereditaria; que esto es lo que representa D. Alfonso de Borbón, y por eso todas las esperanzas de la patria se fundan en la monarquía constitucional y hereditaria de D. Alfonso de Borbón.

La Restauración.

El interés de la sesión celebrada ayer en el Congreso, se centró exclusivamente en el importante discurso del Sr. Esteban Collantes.

Después de una multitud de preguntas, de que no podemos hacernos cargo, y que resumamos en el extracto, se entró en la orden del día, principiando la discusión sobre la totalidad del dictamen de contestación al discurso de la corona.

El Sr. Esteban Collantes tomó a su cargo el primer turno en contra, y lo hizo de la manera que era de esperar del ilustre tribuno. El Sr. Esteban Collantes, que como orador es un eminente, de una envergadura que le une una elevada reputación constantemente adquirida, se mostró ayer tarde superior a sí mismo; sobrepasó las esperanzas de los que con religiosa atención se dispusieron a escucharle; cautivó al auditorio con su fácil palabra y su lógica inflexible.

Cuanto dijéramos acerca de su discurso, sería palido; nos confiamos en que el lector de esta revista, y juzgarlo. Oraciones como la del Sr. Collantes, no se conciben sin leerlas, no se aprecian sin saborear sus bellezas, no hay pluma capaz de extractarlas sin hacer las palidecer.

Nosotros publicaremos como el mayor gusto el discurso íntegro, tal como le dio el *Diario de Sesiones*; pero en la imposibilidad de hacerlo, damos las dimensiones de nuestra revista, lo insertamos con la mayor latitud posible, tan cuando para hacerlo tengamos que retirar gran parte del material que teníamos preparado, seguros de que nuestros abonados leerán con gusto el referido discurso sobre el que llamamos toda su atención.

El Diario del Pueblo.

DISCURSO DEL SEÑOR COLLANTES.

Aun resonaba ayer en el Congreso las bulas con que había sido recibida la declaración dinástica del señor Balaguer, cuando empezó a combatir la totalidad del proyecto de contestación al discurso de la corona el Sr. Esteban Collantes. El señor Collantes, al dar principio a la discusión, demostró al instante el interés que le causaba el discurso del orador moderado, cuya caustica y vigorosa palabra es escuchada siempre con agrado y simpatía.

Nada de esa elocuencia hueca y sonora, que sacrifica la intención a la rotundidad y forma del período; sencillez en la expresión y sencillez en sus ataques; el Sr. Collantes demostró sobre la revolución un diluvio de golpes que recibía con resignación el ministerio, y las tribunas presenciaban con deleite.

El sufragio universal, ese instrumento de todas las iniquidades del poder, que según el Sr. Mosquera no es un derecho, sino una expresión de forma de la soberanía nacional, definición que puede aplicarse a S. S., pero que parece una ironía, fue objeto por ferrente de los ataques del Sr. Collantes. Con los siete mil oficiales alfonsinos de que tanto hablan los periódicos, se comprometió el orador a tener de su parte el sufragio universal, cuya decisión se inclina al lado de la fuerza.

La revolución se impuso para mejorar al país, cuyo mal gobierno hizo indispensable la restauración de S. S., pero el Sr. Collantes demostró que la revolución, ni en la parte administrativa, política ni económica, había producido ventaja alguna, en cambio de la honda perturbación que trajo y los innumerables perjuicios ocasionados. Efecto, las hordas de Septiembre pasaron sobre la patria talando y destruyendo como cacos en tierra conquistada.

La habilidad y práctica parlamentaria del orador moderado, le dan una notoria superioridad en el Congreso, demostrada en todos sus discursos, pues encontrándose en una atmósfera hostil en la sala, sabe apoderarse de los ánimos, arrancar en momentos dados concesiones a sus enemigos, y con ingeniosas epigramas hacer ver el despreciable y falta de formalidad de los gobiernos revolucionarios.

Cuando a un artesano español, decía el Sr. Collantes, se le presenta un objeto fabricado en el extranjero, encargándole otro igual, contesta ordinariamente que lo hará mucho mejor; pero con honrosas excepciones echa a perder el objeto en vez de mejorarlo. Lo mismo sucede con los que prometen gobiernos mejores en España: hay que echarlos a perder en vez de que se prometen mejores.

Respecto a la sociedad y abandono en que se encuentra la dinastía aboyana, hizo el Sr. Collantes una observación exacta y oportuna. D. Amadeo de Saboya da bailes y reuniones, y en dificultad encuentra personas que asistan a sus fiestas: esto es extraño en un país tan hospitalario como el nuestro, donde el mundo visita y trata a cualquier perdido que tenga dinero y de reuniones.

También sacó partido el orador de las palabras con que el Sr. Ruiz Zorrilla se comprometió a morir en las puertas de palacio si peligrase el trono democrático. Cuando un ministro monárquico ofrece presentarse al pecho para defender a su rey, y a su patria, a su patria, a su patria, es que la dinastía está estirada y el peligro es inminente, porque la idea de la muerte no es natural en el que está en la plenitud de su vida, sino en el que se halla próximo a perderla.

En resumen: el discurso del Sr. Collantes fue una protesta contra toda la obra revolucionaria, en nombre del trono injustamente sacudido y del país oprimido y explotado por los vencedores de Septiembre.

El Clamor Público.

Se hicieron algunas otras preguntas de interés escaso, hasta que declaró el presidente, que ya lo era don Nicolás, que era necesario venir a lo sustancial de la función, y se levantó el diputado alfonsino Sr. Esteban Collantes. Se anunció el auditorio, que se alzaba, a la cual sucede el silencio. El orador propone el tema sobre el cual tiene que versar su oración; hace de ella las convenientes divisiones, y entra en atinadas consideraciones acerca del sufragio universal, al que llama *la corteza de los tiempos modernos*, calificativo tan agudo como apropiado.

Sin hacer grandes esfuerzos, con aquella lucidez propia del tribuno moderado, describe en globo lo pasado de cuatro años a esta parte, lo mismo en España que en el resto de Europa, y viene a probar con los hechos, que el sufragio universal no ha resultado ninguna gran cuestión, antes bien ha sido un elemento perturbador y un alarde popular para engrisar a las masas y poner en evidencia la falsedad de las promesas que se hacían. El Sr. Collantes, que es un hombre de gran talento y de gran energía, se muestra en evidencia la falsedad de las promesas que se hacían. El Sr. Collantes, que es un hombre de gran talento y de gran energía, se muestra en evidencia la falsedad de las promesas que se hacían.

Aludiendo a este gran capitán del radicalismo, recordó haber dicho que en defensa de D. Amadeo moriría a las puertas del palacio, palabras que en su concepto indicaban que el rey democrático estaba muerto, no a mano airada, sino en el concepto público, porque los reyes no les defendían los hombres, sino las instituciones y el amor de los pueblos.

Hablando de la Constitución, demuestra que, habiendo querido hacer la mejor de Europa, salió la mala de todas; que era un Código impracticable, y que en lo único que habían atinado los revolucionarios era en la oferta de darnos la cantidad menor de rey, porque no había una cantidad menor de rey que el Amadeo. Manifestó el aludido poder a través proselitico, ni aun justad, la cual no es más que un alarde popular para engrisar a las masas y poner en evidencia la falsedad de las promesas que se hacían. El Sr. Collantes, que es un hombre de gran talento y de gran energía, se muestra en evidencia la falsedad de las promesas que se hacían.

Habla con presunción acertada acerca del Jura-do, que vendrá inaudiblemente a quitar a España la poca justicia que nos queda, y como el orador había ocurrido a 72, no quiere referir lo que pasaba, por no entrar en personalidades.

Se extendió después en largas consideraciones respecto al espíritu general de Europa, afirmando que es monárquico constitucional y no democrático, y que si en Francia existe la república, es una república donde no se pueden ni aun vender periódicos en las calles con ciertos títulos, y donde hay una Cámara que, al tratar los asuntos, se da majestades a los monarcas, y alfeiza a los duques de Orleans; donde hay un anciano convertido en dictador, y en cuya nación no existe rey porque ninguno quiere serlo todavía.

Aludiendo a lo que el Sr. Garrido dijo en la sesión anterior, de que si los conservadores se alaban a la república, esta institución sería duradera, y de que si el contrario, prevalecería el período, recordó la triste suerte del rey de Nápoles, a quien aconsejaron que marchara al nivel de la democracia. Su obediencia le costó el trono.

Encarece la necesidad que tienen los reyes de obrar bien; trae a la discusión la conducta de Maximiliano, que llevó a Méjico por los conservadores y por el favor del clero, al llegar al imperio quitó de la corona la cruz de Cristo y la reemplazó con una paja; formó después un ministerio democrático, se dispuso con la Iglesia obedeciendo los instintos republicanos. El Sr. Collantes Maximiliano todo el mundo lo conoce.

No falta espacio para referir en esta resaca todos los grandes pensamientos emitidos por el orador alfonsino, cuyo discurso ha sido más que notable, y que será leído con placer por nuestros lectores.

El Sr. Mosquera a era el encargado de contestar al Sr. Esteban Collantes; pero su respuesta, que, a decir verdad, y aun cuando el orador radical recogió todos los puntos del discurso de su adversario, fue débil, como no podía menos de suceder, ante tantas verdades que no tenían plausible contestación.

La Tribuna.

El Sr. Esteban Collantes entró, por fin, a usar de la palabra en contra del proyecto de contestación al discurso del Trono.

Práctico en las lides parlamentarias, cortés y mesurado, hábil, de reconocido talento, y con manifiesta intención, el diputado alfonsino ha colocado el debate a una altura a que no había llegado desde que tuvo principio la discusión del sufragio universal. Adversarios leales del Sr. Esteban Collantes, no hemos de negarle las elegias que de derecho le corresponden, como uno de los primeros oradores del Parlamento, si bien consignaremos que sus apreciaciones políticas no tienen acogida en los tiempos actuales, en que los pueblos rechazan todas las teorías espuestas por el diputado de la escuela moderada.

No hemos de seguir al Sr. Esteban Collantes en su discurso: baste decir que, como alfonsino, encuentra malo todo lo que se deriva de la revolución. Grandes ataques al sufragio universal, que apellida *la corteza de los tiempos modernos*; al jurado; a la institución más elevada, en suma, a toda la legalidad existente, para venir a parar en las excelencias de la restauración borbónica.

El Sr. Esteban Collantes cumple como buen; pero su optimismo exagerado revela la triste situación de esa causa perdida, a quien defiende con heroica persistencia.

La verdad es que hasta hoy la discusión del mensaje no ha tomado las proporciones que alcanzar cuando en ella intervienen oradores de primer orden, y a nadie se le oculta que en el Parlamento actual los que tal calificación merecen son escasísimos.

La Prensa.

Puesta a la orden del día la discusión del mensaje, consumió el primer turno en contra, el Sr. Esteban Collantes.

Adversarios somos de S. S., pero no por ello hemos de ser injustos, con el jefe autorizado de la minoría moderada. Distinto es a veces el punto de vista en política, opuestas enteramente nuestras opiniones a las suyas, pero si exagerado salvó el Sr. Collantes al examinar los hechos consumados desde la revolución, a justos, lógicos y naturalmente severos, lo encontramos al considerar los actos de la administración radical.

«Con la insensata política que hoy impera, decía el Sr. Esteban Collantes, no se puede poseer ni la libertad, ni la Constitución, ni la dinastía, ni el Parlamento. Que observaciones tan justas y tan tristes se desprenden de las anteriores frases. Si, en este punto, a fuer de imparciales damos la razón a S. S.: con la política actual, ¿cómo está en peligro, todo, hasta la integridad y la honra de la patria.

El crédito, la paz, la libertad, la ley, los eternos principios de la moral, de la justicia y de la verdad, se ven por ventura a cada paso hollados y escarmentados. ¿No arde en el interior y en nuestras provincias ultramarinas una desastrosa guerra civil? ¿No está en suspenso la ley en muchas de sus partes? ¿La Constitución no ha sido violada escandalosamente? ¿No han sido heridos de muerte los fueros de las Cámaras? ¿No se ha atentado a la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía? ¿No se ha violado la vida del rey y a la honra de la dinastía?

popularidad casi inconcebible en un hombre que de fiestas y comilonas a todo el que quiere aceptar sus invitaciones; y cuando manifestaba la triste idea que el pueblo español tiene de las facultades personales de jefe del escuadrado, y cuando aseguraba que todo cuanto se haga en la cuestión eclesiástica sin el acuerdo de Roma es un acto de fuerza; y finalmente, cuando negando que el sufragio universal sea fuente ni principio de derecho, hacía ver con la inflexible lógica de los hechos, que en la historia moderna, siempre y en todos los países, el sufragio universal ha dicho lo que le ha mandado decir los tales hechos; y de aquí que, consultado con pocos meses de diferencia, haya dicho unas veces blanco y otras negro.

Nosotros, que escuchamos todas estas verdades, que tan pocas veces se oyen en aquel recinto, decíamos, imitando al familiar: «No hay duda que este hombre está de acuerdo, y que no merece vivir encerrado en esta casa de observación de la locura». Cuando ya iba a sentarse, cambia de entonación, y exclama: «Ya ven ustedes la seguía que nos amenaza; pero no se apuren, que yo soy Neptuno, y haré que los empapé Vds. hasta los huesos un chaparrón de constitucionalismo y de principio Alfonsino».

Adios nuestras ilusiones! Nosotros, que habíamos creído que el Sr. Esteban Collantes era cuerdo; es decir, casi carlista en principios, y ahora nos lo encontramos loco de remate, ¿qué otra cosa hemos de hacer que repetirle las palabras del familiar del cuento?

El Pueblo.

El Sr. Esteban Collantes, que abrió ayer la discusión de la totalidad del mensaje, no suele nunca romper con las conveniencias debidas, y por lo mismo no nos miró que una vez más las respetase. En cuanto a su último discurso, sea dicho en honor de la justicia, nos parece un modelo de habilidad y de intención política. Su superior se propuso combatir las doctrinas de la revolución con la historia de la revolución, combatiendo los principios de los revolucionarios con la obra de los revolucionarios, y no pudo hacer más de lo que hizo en provecho de su pensamiento. Si hizo o no hizo lo bastante para sacarlo victorioso, lo veremos luego; ahora nos basta advertir que mas bien harían a la falange unionista que no a otra falange alguna sus argumentos capitales.

El Sr. Collantes, que es un hombre de gran talento, que tiene mucho más de ingenio que de solidez, todo el razonamiento del diputado alfonsino se enciende a demostrar que los doctrinarios no podían, no debían, no querían entregarse en brazos de la democracia. Traslado a los interesados que oían con resignación estoica estas y otras muchas cosas, como la evocación del nombre de Luis Bruni y de Maximiliano de Méjico, pero nuestra parte solo tenemos que decir que, en efecto, las clases conservadoras han perdido con su egoísmo y con su avaricia muchos tronos y muchas causas. En lo cual ¿por qué ocultarlo? convenimos con el Sr. Esteban Collantes tanto mas gustosos, cuanto que S. S. ha convenido con nosotros de buen grado en la especie de demencia que nos obliga a hacer tiempo de todos los principios de Europa. Si los reyes están locos, ¿cómo se quiere que los pueblos se entreguen a su tutela?

«Pero el fondo, y como la métrica de la peroración del antiguo moderado está en este raciocinio, oculto unas veces y otras veces asomado al folio de la oratoria, el sufragio universal es una ilusión democrática y no un principio de derecho, porque el sufragio universal responde siempre a gusto del que presta, y es una ilusión, pero no un principio, por cuanto la situación de Europa no suporta por ahora ni los ideales ni los temperamentos de la democracia. ¿Qué estocada para los hombres de Alcolea y de Oñate que los soportaron sin necesidad y sin utilidad alguna!

No negaremos que es lógico y aparentemente decisivo este modo de discurrir. Si la política es algo, es ante todo una ciencia toda práctica.

La Discusión.

Y se entró por fin en la orden del día.

El Sr. Esteban Collantes hizo un buen discurso bajo el punto de vista puramente oratorio, pero prado de errores. No es el Sr. Esteban Collantes un orador eminente; pero la facilidad de su palabra, la pureza y corrección de su estilo, el tono y ademán sencillo que emplea, así como la templanza que usa y las buenas formas, que nunca pierde, le conquistan la atención de los oyentes y le señalan un distinguido puesto en la tribuna.

Llamó al Sr. Esteban Collantes al sufragio universal *la corteza de los tiempos modernos*, pretendiendo probar que es pernicioso, estéril en bienes y hasta ridículo. Dádnos los siete mil oficiales que piden la revisión de las hojas de servicio, esclama, y ya os diré yo si el sufragio universal da o no el triunfo a los alfonsinos. Magnífica manera por cierto de ejemplar el sufragio. Pero vamos a cuentas: ¿por qué ahora no han traído mayor número de diputados? ¿por qué no los trajeron a los primeros Parlamentos? ¿No los han traído los republicanos? ¿No los trajeron en días en que eran mas encarnadamente perseguidos que los alfonsistas?

Pero ya se ve, el Sr. Esteban Collantes, los moderados como el Sr. Esteban Collantes, es decir, el ejército para hacer del sufragio universal la corteza de los tiempos modernos.

Contestó el Sr. Mosquera en un discurso pobre de conceptos y por demás incorrecto. Y concluyó la sesión.

La Nación.

En la sesión verificada ayer en el Congreso ocurrieron pocos incidentes notables que hacer notar. Principio aquella, como el día anterior, con un fuego granado de preguntas, que las tribunas escuchaban con deleite. Pero la gente que aguardaba ansiosa la continuación del debate sobre el mensaje de la Corona. Por fin, la voz elocuente del Sr. Esteban Collantes calmó la impaciencia de que aquella estaba poseída.

Res el Sr. Esteban Collantes, la personificación mas completa del partido moderado histórico, y aunque la mayoría parlamentaria, que es la que gobierna, sea peculiar, siempre intencional, y no pocas veces habilitada.

De esta manera, se establecerá el correspondiente paralelo entre lo antiguo y lo moderno, entre lo pasado y lo que se levanta, y el juicio público fallará de lo que en esta sala se ha dicho. Pero el Sr. Collantes, enojoso y de una dificultad suma el combatir contra la lógica de los hechos, y el oponer una seria resistencia a la fuerza de la verdad; cuando todo un Esteban Collantes, cuyo talento, saber y arides parlamentarios son innegables, aprueba ayer su ingenio y rebusca argumentos en apoyo de la tesis que se proponía sostener.

No names a seguir en el discurso del Sr. Collantes, tenemos extraviados como en perdidos en un intrincado laberinto. El Sr. Esteban Collantes varió ayer la acostumbrada táctica seguida por casi todos los oradores al combatir la totalidad del proyecto de contestación al mensaje.

El Sr. Collantes examinó superficialmente todas las reformas propuestas en el documento, y las rechazó por su carácter de reformas de pura forma, que no son proyectos, aquellas modificaciones que se introducen en el modo de ser de nuestra política brotan de un punto común, de la soberanía del pueblo, fundamento cardinal del dogma democrático, concentró en él toda su atención y le dirigió todos sus tiros como diablitos para si: minimos el edificio, destruyéndole la base sobre que descanza y no tardó mucho en venir a caer.

El derecho moderno ó sea la democracia, y el gran principio del sufragio universal que de él se deriva, fué el objetivo en el que clavó sus miradas el orador moderado. Ya hemos dicho al principio que las relevantes cualidades que adornan a este distinguido político se vieron ayer eclipsadas, aunque no del todo oscurecidas. Sirva esto de ejemplo a los hombres de valer que, poseyendo las virtudes de la filosofía y las conclusiones de la historia al egoísmo de las castas privilegiadas ó por otro nombre clases aristocráticas, se empeñan en dirigir los tiempos por la vía de los intereses individuales, y sacrifican despiadadamente al pueblo en las aras impuras de las deidades caídas.

El Universal.

En la sesión del Congreso, y a hora bastante avanzada, comenzó ayer a esparcir el primer turno en cont a del proyecto de mensaje del Sr. Esteban Collantes.

S. S. mostró una vez más que es un verdadero orador parlamentario. Sus declaraciones, aunque nada tenían de nuevas, fueron, sin embargo, importantes, por su fuerza y por la lealtad con que se declaró adversario de la actual situación.

Se vería que el acorrido recurso a que apeló para atacar al Sr. Collantes, al de oponer a las reformas que se proponían el acontecimiento de Septiembre han podido contradecir aquellos principios de parte de los hombres y de los partidos; pero si bien esto es en alguna parte cierto, no por eso los hechos que las ideas no por eso se desvirtúan, y que hay causas que el Sr. Esteban Collantes no señaló y que son el fundamento real de que tales consecuencias se hayan cometido.

Las dificultades permanentes que los conservadores oponen de un lado, y la pasión política inseparable que

trae consigo la resistencia irracional de los partidos, hacen siempre laborioso el resultado práctico que de las revoluciones se espera, y que estas al cabo cumplen, pes a quien pesa y disgusta a quien quiera.

El Sr. Esteban Collantes quiso combatir el sufragio universal por los resultados que hasta aquí ha dado; pero no tenía en cuenta que el sufragio universal, a despecho de los obstáculos históricos con que lucha, es, y será siempre, la expresión genuina de las clases cuyo poder tenga verdaderas condiciones de independencia.

SECCION DE PROVINCIAS.

Leemos en *El Diario de Cádiz*:

«Por el correo interior hemos recibido anoche una carta en la que se nos pide la inserción de lo siguiente: «Esta mañana me ha sorprendido el ver a unos cuantos muchachos, que dicen ser prisioneros carlistas, haciendo el acopio de raciones en un almacén situado en la plaza de la Libertad: concluía dicha tarea y colocando los sacos en los carros, los que dicen ser prisioneros carlistas, tiraron a mano de los carros, y así condejerón los sacos al lugar de su destino; pero es el caso, que en el referido almacén se sacan víveres para la tropa continuamente, y para el efecto vienen carros con sus correspondientes mulas; se desea saber el por qué a estos desgraciados se les tiene menos consideración que a los demás.»

Esperamos se den las órdenes oportunas poniendo remedio a lo que se denuncia en las anteriores líneas.»

Para el 15 de Noviembre, dice el *Diario de Reus*, parece que será convocada por el Directorio republicano la Asamblea federal.

Segun el *Diario de Tarragona*, la cosecha de aceites promete ser este año muy abundante en aquella comarca; pero el precio de este importante artículo es de esperar sea sumamente bajo por falta de consumo en los grandes centros de población, especialmente en Barcelona y pueblos de aquel litoral, en donde se consume para los usos domésticos aceite de algodón, noivo para la salud, y que se importa en grandes cantidades.

Es de lamentar que, dado nuestro sistema protector de aduanas para los industriales, no haga extensivo a los agricultores, siquiera se tratase de artículos que mencionamos, pues a mas de fomentar la riqueza del país, se prestaría un gran servicio a la higiene pública.

Leemos en *El Parte Diario de Alcoy*:

«Ni por esas. Todos son bandos y mas bandos, y el odio impuesto personal no se puede cobrar en esta población. Y no puede menos de ser así. Porque ¿cómo un pobre que gana a la semana un escaso jornal va a depositarlo todo entero de una vez en manos del cobrador para que a la siguiente semana muera de hambre su familia? Esto no lo conseguirá a pesar del bando publicado ayer y a pesar de la amenaza de apremio. Estos son los inconvenientes de haberle dicho al pueblo para subir al poder abajo los consumos. El pueblo, al prometerle que los consumos irían abajo, no pensaba que otra cosa mas odiosa iría arriba.»

Segun el *Norte de Castilla*, de Valladolid, el domingo próximo tendrá lugar en aquella población una manifestación pacífica en contra de las quintas y a la que no solamente asistirá el partido republicano, sino también otros partidos; con el fin de «exclamarse lo prometido.»

Las fiestas del Pilar en Zaragoza se están celebrando con gran solemnidad. He aquí lo que dice *El Diario* del 11 de aquella localidad:

«Mañana publicaremos la reseña de la solemne bendición del templo metropolitano del Pilar; pero entre tanto, seamos licito felicitar a Zaragoza por el espectáculo conmovedor que ayer ofrecía. Todos sus edificios se hallaban adornados con vistosas colgaduras desde las primeras horas de la mañana; la plaza del Pilar y todas las avenidas estaban atestadas de gente desde la madrugada, y al abrir las puertas del templo, aquella inmensa masa se precipitó en él como un torrente.

Mientras el sentimiento religioso no se estinga en el pueblo español, no llegará el caso de que pierda toda esperanza.»